

# BANCA MARCH

donde usted también hace negocio

113  
oficinas a su servicio

---

Baleares

---

Aragón

---

Cataluña

---

Madrid

---

Salamanca

---

Valencia

---

Valladolid

---



# LAS VENTAS DE MADRID

**L**ÉI hace años, creo en una obra escrita por "Don Justo" (Isidro Amorós) que la iniciativa de la construcción de la plaza Monumental de Las Ventas partió de Joselito. No me extraña. Porque el coloso de Gelves era un magnífico propulsor de los cosos monumentales con cuyo objeto y fin perseguía una inversión de magnitudes, es decir, a mayor aforo, menos precios en los billetes. La idea era buena aunque en función del tiempo resultó deleznable.

Relata el autor citado que allá por los años 17 y 18 sin sospechar Joselito su trágico y próximo fin exteriorizó a don José Espeliús y Anduaga, gran arquitecto y aficionado, la idea de que Madrid debía tener una plaza Monumental.

—¿Cuándo "hasemos" esa "plasa"?— preguntaba con frecuencia el torero a Espeliús.

Hasta que un día el torero recibió una de sus mayores alegrías.

—Oye, José —le espetó su buen amigo—, ¿te vas a salir con la tuya! Madrid va a tener una plaza Monumental.

Y como suele ocurrir siempre en estas circunstancias, cuando se inauguró Las Ventas de Madrid, el órgano motor de la idea ya era polvo entre el polvo de la tierra. Y el arquitecto don Manuel Muñoz Monasterio había sustituido al señor Espeliús que también había muerto.

El edificio de Las Ventas, estilo arquitectónico mozárabe y mudéjar, tiene una atractiva e inconfundible personalidad. ¿Qué opinión les merece a los catalanes este cincuentenario de Las Ventas, inaugurada, pues, el 17 de junio de 1931? Líbreme Dios de involucrar a mis paisanos en una opinión subjetiva. Sería arriesgado. Pero creo que mi versión, sujeta a errores, puede interpretar a las mil maravillas un criterio generalizado.

Claro, a Las Ventas de Madrid no puedo juzgarla como fábrica de ladrillo con entramado metálico pues quienes dan vida, historia y perfil, en estos cincuenta años, son el público, los toros y los toreros, estos últimos moviéndose dentro de las limitaciones que marca el primero.

De la plaza de Las Ventas dependieron siempre muchos azares de los toreros. La plaza de Madrid tuvo siempre, desde Barcelona, una leyenda de miedo, que son las buenas, las perdurables. Me refiero a la posguerra. Porque la transformación de la fiesta en estos últimos años ha sido radical.

Las 54 orejas cortadas por Nicanor Villalta en la plaza de Madrid era un dato significativo. Nunca se hizo recuento de las orejas cortadas en otras plazas. En la de Madrid, sí. Algo había de excepcional. Los toreros de

mi época le temían a Las Ventas. Para muchos era inaccesible. Una pesadilla. Les preguntaba el subconsciente: "¿Quieres ser torero, muchacho? ¿Sí? Pues torea en Madrid". Y, en cuanto cortaban una oreja, tomaban el billete de libre circulación y no volvían a Las Ventas ni ensogados.

El público madrileño tiene categoría. Analiza. Mide al torero en función del toro. Le gusta el arte. ¡Qué afición tan lograda!

En Las Ventas nació el precursor del periodismo taurino oral, el Ronquillo. El Ronquillo enjuiciaba la labor de un torero con dos palabras. "¡Vaya par de jubilados!", les dijo a Antonio Bienvenida y Luis Miguel Dominguín cuando toreraron el festival a beneficios de las víctimas del Perú.

El público de Madrid tiene un elevado peso específico. Aseguran que mediada la corrida de Beneficencia de 1947 al salir los toreros de complimentar con el Generalísimo Franco, Pepín Martín Vázquez, que había cortado orejas, al cruzar los pasillos y ver la calle propuso a Manolete una fuga del coso. El cordobés se limitó a contestar: "Vete tú que ya has triunfado; yo todavía no puedo..."

En el umbral del cincuentenario de Las Ventas sería una impropiedad omitir una dinastía de toreros que protagonizó jornadas de inolvidable recuerdo: los hermanos Bienvenida. A mí me pirraban aquellas tardes gloriosas de Pepe, Antonio y Angel Luis Bienvenida en Madrid. Todo me parecía un sueño hecho realidad. Confieso que en el decenio de los cuarenta sentía verdadera envidia por estas corridas en las que Pepote, Antonio y Angel Luis encarnaban las más puras esencias del arte de torear. Barcelona era más comercial. El buen toreo de los Bienvenida era el dulce murmullo de las aguas cristalinas, la emoción, que transmite la carne de gallina. El buen talismán

que hacía olvidar las imperfecciones del toreo.

Me parece un acierto que la música no intervenga en la plaza de Madrid durante la lidia. En silencio, como en misa, se concentra uno más. Los ruidos hieren nuestros sentidos. Pero en Madrid, un Bienvenida, Antonio, rompió la vieja costumbre el 16 de octubre de 1966. Brindó el segundo par de banderillas, en el sexto, a la banda de música que interpretaba segundos después el pasodoble "El gato montés", mientras Antonio Bienvenida ganaba guapamente la cara del toro, clavando un gran par de poder a poder.

La Facultad de Las Ventas de Madrid cumple su cincuentenario revalidando títulos, exigiendo, en definitiva, en un viejo arte con rigor de ciencia: La Tauromaquia.





# «TORERI», GENIO Y FIGURA

Carlos Manuel Pereletegui

Crítico taurino de «El Adelanto», de Salamanca

**S**E llama Dionisio, pero le decían cuando toreaba, y le siguen diciendo ahora "Torero". Tiene cerca de setenta años y es lo que era cuando decidió (una tarde nublada, en un festival en la plaza madrileña de Carabanchel) ser torero: ebanista. No ha querido buscarse un empleo subalterno (mozo de espadas, ayuda, correveidile...) dentro del mundillo del toro. O torero, o nada. Y consiguió ser fiel a una entrega apasionada y bohemia, que todavía sueña glorias imposibles y reverdece recuerdos amarillentos de juventud. Le pude ver como banderillero, en sus últimos momentos activos y ahora le encuentro de vez en cuando en la calle —botas enterizas, gorrilla graciosamente ladeada, ojos azules chisporroteando malicia y gracejo...— andando como un torero, con ademanes inequívocos de lo que quiso ser, fue e indudablemente sigue siendo: torero.

## UN RESPLANDOR SINGULAR

El toreo tiene un perfil luminoso de atracción superficial, no hay duda. Aunque la figura del toreo haya perdido peso y consistencia y no obtenga ya en el pueblo ese eco mítico de otros tiempos, el torero triunfador suele tener un cierto resplandor singular: el resplandor del éxito. Pero no estoy seguro de que, para el aficionado, sea ese perfil el más entrañable de la fiesta de los toros, porque cada vez que tengo ocasión de hablar tranquilamente (mejor dicho, de escuchar sin prisas), a uno de estos hombres oscuros y brillantes, frustrados mas no amargos, que un día fueron jóvenes ilusionados y hoy se pasan el día entornando los ojos en busca del ayer, siento dentro de mí un estremecimiento semejante al que produce ver torear bien.

Salamanca, donde vivo escribiendo de toros (entre otras cosas, claro), es ciudad ideal junto a pocas más, para establecer estos contactos humanotuarinos que tanto ayudan a entender mejor una profesión absolutamente impar, ni mejor ni peor que otras, que realmente aun en los casos más triunfantes, ofrece con más frecuencia de la que a simple vista pueda observar el espectador occidental y distraído, secas cornadas que paralizan.

Se da también el caso del fracasado amargo, ás-

pero e injusto porque generalmente se fracasa cuando se merece el fracaso. Es éste un tipo antipático y hosco, que repele instintivamente porque huele a hiel. Nada más distinto a este tipo que este "Torero" al que me refiero ahora, un hombre que puede estar "sinto" y continúa sonriendo y mirando de frente a la gente. Por eso digo que interesa esta clase de tipos de toreros, desconocidos y grises: porque además de enseñar a todo el que quiere aprender cómo es verdaderamente un torero por dentro, desnudo de toda vanidad y lejos de todos los vasallos: es decir, como lo que fundamentalmente es, por encima de torero: hombre, es una lección de comportamiento humano, un ejemplo de cierta trascendencia. En medio de su vida oscura, existe esa luz difícil y templada que ha sabido no ponerle amargura al fracaso. Un fracaso asumido con la elegancia de un caballero.

## ¿DONDE ESTAN LOS PERSONAJES?

Merecen un respeto tremendo todos estos hombres que se hicieron viejos soñando palmas, que tienen en los oídos las que escucharon, y que cuando hablan de toros, se transfiguran y crecen hasta impresionar.

No entiende "Torero" muchas cosas del toreo de hoy, ni su lenguaje ni sus hechos. Le caen demasiado a trasmano para su autenticidad de conceptos, ideas como la de que un toro "sirva" o no; como que un torero pueda "pegar pases"; no

acaba de entender por qué se habla de "raza" y no de casta, y le asombra, verdaderamente que a un torero no se le distinga de los demás mortales si no está vestido de luces. (Para mí, que piensa que a más de uno ni aun entonces se le distingue de los demás.)

Es un auténtico ser aparte, puro en su afición, casi loco para muchos, incomprendido para la mayoría. "Yo canso hablando de toros a un torero", dice. Y es verdad que para él no existe tiempo ni prisa cuando el toro es conversación, y amigo, y evocación, y sueño, y toda su vida.

Hay personajes en el toreo. Pero no siempre están donde parece. Y, desde luego, no siempre hay que buscarles en los sitios más lujosos.





Los primeros años de Las Ventas viven los últimos de la llamada "edad dorada"

# EL TORO ES LA CLAVE

José A. del Moral

Crítico taurino de Radio España

**C**INCUENTA años de historia de una plaza tan importante como la de Las Ventas de Madrid, darán lugar a biógrafos, historiadores y estudiosos para enjuiciarlos como se merecen. Pero el problema es el futuro. Y el futuro está en el toro.

Los primeros años de la plaza de Las Ventas viven los últimos momentos de la que llaman edad dorada. El toro apenas se discutía. Había toreros para taparlo y, en cualquier caso, los animales que se lidiaban estaban en regla o, al menos, eso dicen...

Luego, la Guerra Civil, supuso un desastre para la ganadería brava. Llegó a admitirse oficialmente la lidia de utrerros en corridas de toros. Las ganaderías no daban para más. Sin embargo, la aparición de nuevas figuras y, sobre todo, la irrupción clamorosa de uno de los toreros más importantes de la época —Manolete— mantuvieron el utrerismo sin problemas grandes. Las maledicciones, las suspicacias, acabaron a la postre desacreditadas con la muerte del gran torero en la plaza de Linares.

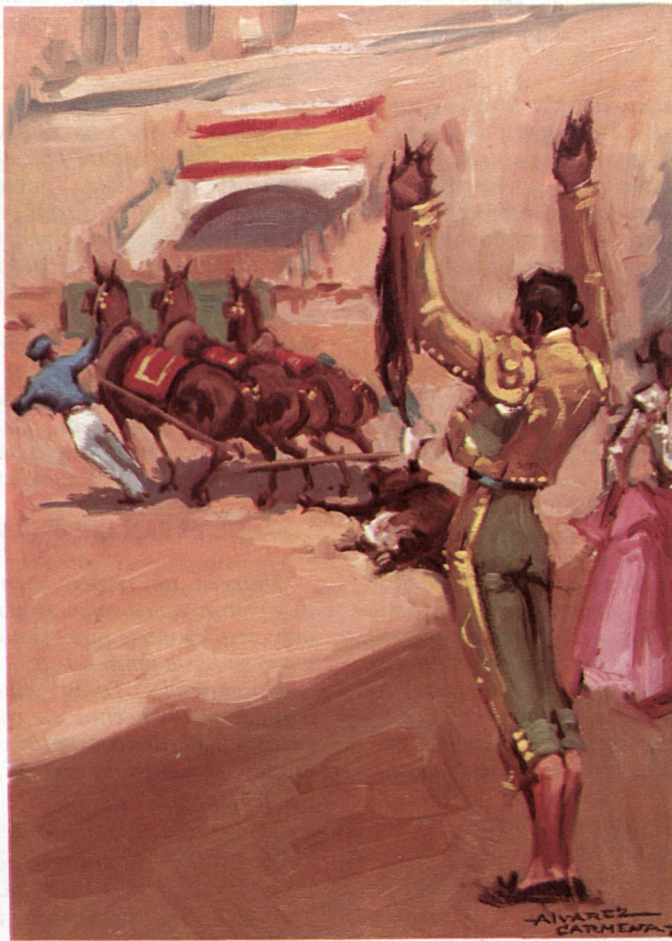
El negocio taurino se abultaba por momentos. La estructura capitalista se imponía. Los empresarios comenzaron a extender su poderío y la figura del apoderado comenzó a diluirse. Los toreros importantes, contratados de antemano para cada temporada, acudían a las diferentes plazas, en donde los públicos aguardaban un éxito inequívoco. Las gentes, acostumbradas ya a la regularidad de sus favoritos, comenzaron a pedir faenas y orejas cada tarde. Y la industria del espectáculo taurino comenzó a moverse de manera que esos baremos no fueran alterados. Pero los aficionados, siempre en minoría, comienzan a escamarse. Los aficionados no estaban conformes con el rebaje del toro, de su casta y de sus armas.

Por otra parte, la necesidad de exhibir el peso de las reses y el efecto psicológico de los números, cuando la cifra pasaba de media tonelada, no bastaron ya para cubrir la trama.

Una campaña de la nueva prensa —quizá entonces necesaria— concienció a un sector del público y, sobre todo, a las autoridades. Se dicta una ley para asegurar la edad mínima cuatreña para las reses de lidia en corridas de toros. Fue en 1972, cuando aparecieron los toros nacidos en 1969, con el nueve marcado a fuego. Pero, después del nueve, ¿qué?

La prensa taurina, instalada ya en un protagonismo peligroso que aún perdura, prosiguió su campaña sin medida y el problema del toro comenzó a irse de las manos.

En 1971, se retiran dos figuras importantísimas aunque opuestas: Antonio Ordóñez y Manuel Benítez. Aun éstos habían tenido suficiente personalidad para que el gran público acudiese a las plazas por ellos mismos, sin fijarse demasiado en los toros. Pero en 1972, cambia el decorado. Ya no hay grandes figura y el cuatreño está en la plaza. Se sigue pidiendo más y más. Y por exigir, se exige un toro de tipo único, utópico, inexistente. En virtud de ello, muchos ganaderos con prestigio



ven diezmadadas o desechadas por completo sus corridas, decidiendo finalmente no acudir a Madrid y lidiar en otras plazas.

El gusto por el gran animal acaba imponiéndose por las presiones de una minoría bien orquestada y la plaza de Madrid cae en el defecto pendular del extremismo, que desemboca en el escándalo y el aburrimento. Porque el caso es que las gentes siguen en sus trece de orejas y faenas.

El espectáculo pasa muchas tardes del ruedo a los tendidos increpantes y luego a las páginas de los periódicos o a unas tertulias de noctámbulos que pagan unas copas por escuchar improperios lamentables. Hace así su aparición la crítica de alterne y de barraca. En las paredes de la plaza de Las Ventas se ven, por San Isidro, más anuncios y fotos de los críticos que de los toreros anunciados. Y todo el mundo trata de sacarle partido a este desmadre.

Cierta crítica se agrupa, y atesora la mayor parte de las grandes tribunas, creando un monopolio informativo vergonzoso. Los empresarios, sabiendo que es más barato montar una corrida de gayumbos con tres ilustres modestos, que un espectáculo en base a un encierro de garantías y tres figuras, se refugian en la mediocridad rentable. Y como la prensa les apoya, ¡pues qué bien! Los ataques sistemáticos de la crítica a las figuras, son

así bien acogidos por la empresa. Y, de este modo, la plaza de Las Ventas, la más importante del mundo, pilotada sin afición ni cuidados, malvive bajo el dictado de unos cuantos periodistas, unos cuantos policías, unos pocos veterinarios y una minoría bullanguera. En el toreo mandan todos menos los toreros. Los ganaderos renuncian incluso al buen juego de sus toros en beneficio de la presencia atípica. Muy pocos logran aunar ambas condiciones y casi nunca lo consiguen. La plaza de Madrid toca un primer fondo en la Corrida de la Prensa de 1979 con un espectáculo propio de un circo de romanos. Y así, hasta ahora.

Desgraciadamente, todo sigue en manos de los dictadores. Mientras éstos no quieran reconducirse a cauces normales, la plaza de Madrid y, como reflejo, muchas más, no vivirán apenas la luz de la Fiesta ni de la alegría. Si la ven, será casualmente y tratada acto seguido de falacia y de engaño.

Seguirán privando los toreros mediocres sobre los auténticos. Seguirá la minoría gritando y la mayoría desesperando. Y continuarán las presidencias protagonizando cada tarde con su inflexible reglamentarismo. Con sus tres varas porque sí, con sus caballos amurallados, con sus avisos, con sus rigores, sus multas, sus reglas, sus compases, sus tristezas.

Dicen que con el nuevo empresario todo cambiará. Que manda mucho. Que manda a todos. Pues que mande de una vez. Que ordene a sus empleados la moderación y devuelva la plaza a su sitio. Si no lo consigue, puede que gane dinero, pero nada más. Además, si no lo hace, tendría que repartir sus dividendos con los dictadores...



# EL FUTURO

Políticos de diversas adscripciones ideológicas son conocidos como aficionados a los Toros.

Parece como si el espectáculo taurino uniera en torno al anillo de las Plazas españolas a un sinfín de políticos, hombres públicos, artistas, filósofos. Personas que tienen hondas diferencias en otros campos, pero que se sienten aficionados y debaten —dentro de una concordia encomiable— sobre toreros, faenas, picadores, morlacos... El Toro les une y aquí están como muestra algunos de los destacados personajes públicos de nuestro planeta taurino:

los Castellano, los Piñar, los Alberti, Camilo José Cela, Viola, Tierno Galván y otros. En su representación traemos las opiniones de destacados hombres públicos como Fraga, Savater, Bolfill o Tamames. Sirvan las siguientes líneas para mostrar la adhesión a la Fiesta Nacional de políticos sin fronteras y su visión capaz del futuro de los toros en España. Gracias en nombre del aficionado y de CISNEROS a su atención para la corrida de la BENEFICENCIA y con los madrileños. Todo un ejemplo de afición sin duda.

# DE LA FIESTA

## AYUNTAMIENTOS Y DIPUTACIONES, SALVAGUARDAS

Ramón Tamames

Diputado a Cortes por Madrid

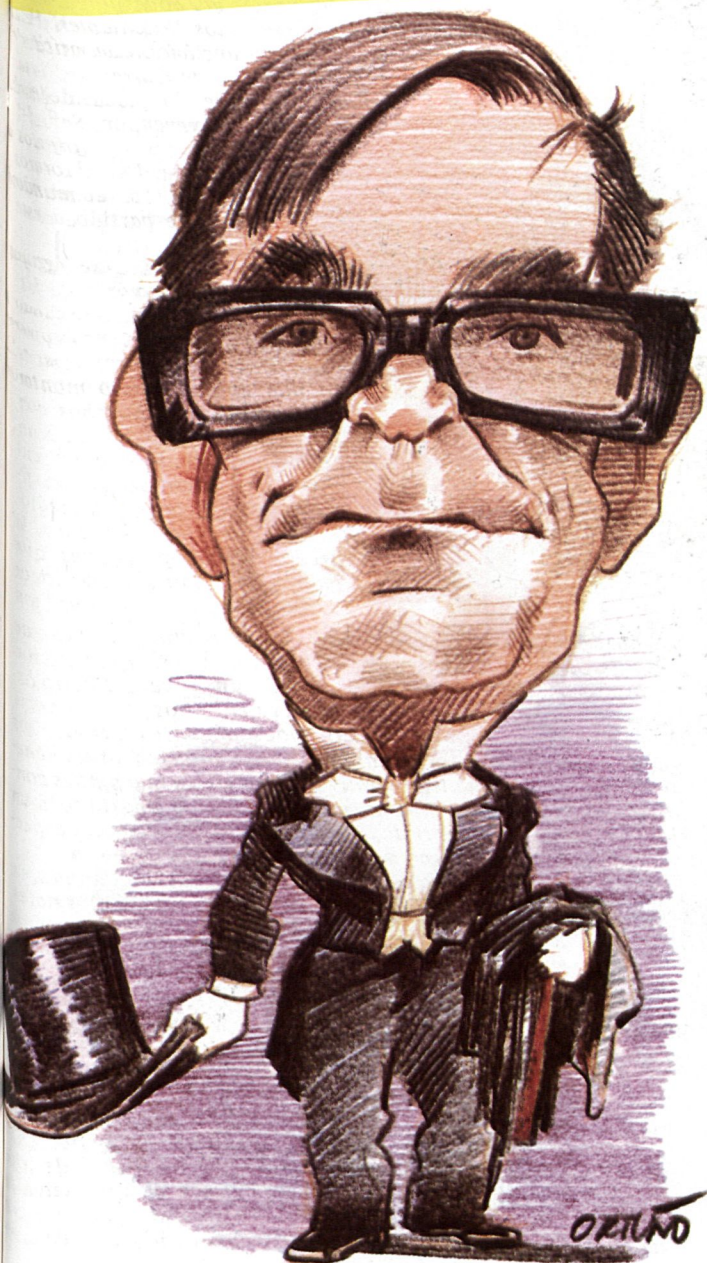
**E**L futuro de la Fiesta de los toros es una especie de "eterno retorno", porque de tiempo en tiempo los aficionados, los empresarios y toda la fuerza laboral taurina —desde los matadores hasta los peones de brega—, se plantean su propio porvenir con no poca angustia.

Pero yo diría que no es un tema para dramatizar, como lo demuestra el propio hecho de que la fiesta va superando mejor o peor sus crisis más o menos cíclicas, como en la práctica existen en tantas otras actividades humanas.

Por lo demás, el planeta taurino, a pesar de tener antecedentes muy remotos, tal como hoy lo conocemos no es un espectáculo inmemorial, sino surgido casi cuando la revolución industrial se iniciaba en Inglaterra, en la segunda mitad del siglo XVIII. Es un espectáculo de la sociedad contemporánea, con asistencia de masas, con organización económica considerable —que se ha ido complicando y enrevesando—, y que en las últimas décadas se ha asociado, todavía más, al tejido económico de un país donde los servicios, y especialmente el turismo, alcanzan tanta importancia.

En resumen, la Fiesta va a seguir, empezando siempre puntualmente, "a las 5 de la tarde". Pero a fin de evitar su degradación y su excesiva mercantilización, las corporaciones locales democráticas (diputaciones y ayuntamientos), que tienen la responsabilidad de gran número de cosas taurinas, deben estar alertas para salvaguardar lo mejor de esta fiesta única, ciertamente bárbara, muchas veces sangrienta, pero que forma parte indisoluble de nuestro folklore en el sentido más antropológico que puede darse a esta expresión.

Creo que Cisneros, como revista de la Diputación, tendría que mejorar su información taurina. Y considerar la fiesta como actividad importante, no solamente en la Monumental, sino también en el resto de la provincia.





# el futuro de la fiesta

**L**A futurología es el más peligroso de los ejercicios humanos, y por lo mismo debe abordarse siempre con prudencia. Lo único seguro es que las cosas, las costumbres, las instituciones, nacen y mueren en la Historia, como lo hacen también las personas, aunque sobre plazos más largos.

También es cosa cierta que las cosas que sobreviven, generación tras generación, lo suelen hacer por vía de adaptación. Así ha ocurrido con los toros, que no eran los mismos en el mundo aristocrático del siglo XVI, que en el de tran-

sición del que nos da testimonio Goya, o en nuestros días.

También sabemos que pueden aparecer factores nuevos, no previstos, como ocurrió con el turismo, que contribuyó, no sólo a la reanimación de la fiesta de los años 60 y 70, sino que provocó la creación de plazas en lugares tan inesperados como Benidorm o San Feliú de Guixols.

Sentado esto, es indudable que están ocurriendo cosas serias y preocupantes para el futuro de la fiesta nacional. Ni el campo español produce ya los mismos toros, ni nuestra sociedad hace surgir los

mismos matadores. O se reorienta el tema hacia sus orígenes (básicamente deportivos) y se reglamentan en serio los aspectos económicos del mundo taurino, o vamos hacia una situación sin salida. En este aspecto, pienso que una cosa es reglamentar las viejas tradiciones de los festejos populares, y otra hacerlos desaparecer.

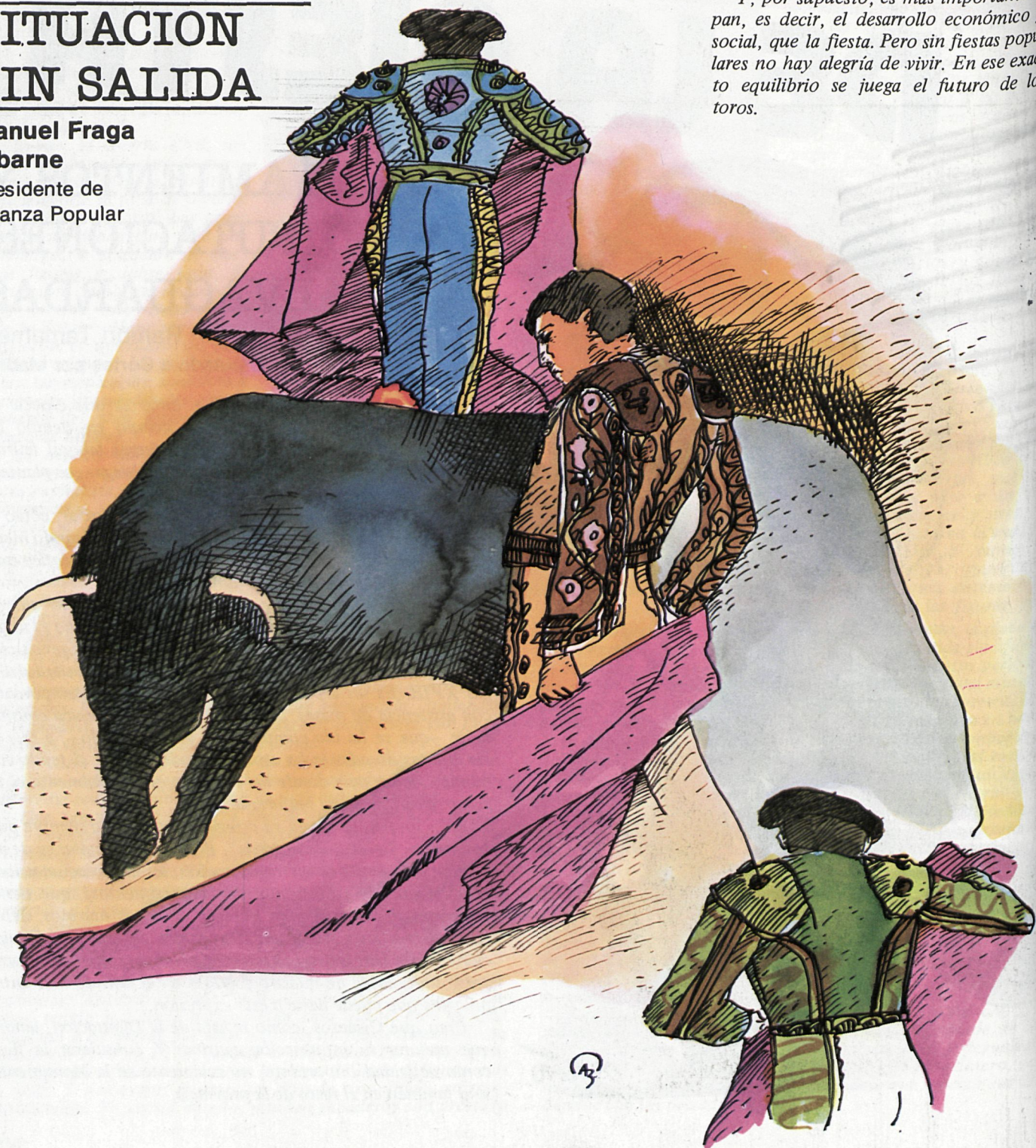
Nada de lo que nos trae una vieja tradición puede ser liquidado alegremente. Tal es la visión, a la vez conservadora y reformista, que con carácter general mantengo, y que se aplica también a nuestra fiesta más característica.

Y, por supuesto, es más importante el pan, es decir, el desarrollo económico y social, que la fiesta. Pero sin fiestas populares no hay alegría de vivir. En ese exacto equilibrio se juega el futuro de los toros.

## SITUACION SIN SALIDA

**Manuel Fraga  
Iribarne**

Presidente de  
Alianza Popular





# LA GENEROSIDAD HONRA EL ARTE DE LA FIESTA.

GRAN CORRIDA  
EXTRAORDINARIA DE  
BENEFICENCIA



**BANCO**  
**INTERNACIONAL**



DE COMERCIO  
Fundado en 1920



## LOS TOROS MORIRAN CUANDO SE MINISTERIALICEN

**Fernando Savater**

Filósofo y escritor

**L**OS toros no tienen futuro: aceptado. ¿Qué iban a hacer los toros con un privilegio tan dudosamente distinguido, tan ciertamente envenenado? Los toros no tienen futuro: sea. Han de permanecer por siempre en el cíclico presente de la fiesta, yéndose y volviendo con el rotar de las ferias que marcan la cadencia y renovación del año. Como el eterno año feriado, los toros pasan y vuelven: ni aguardan ni temen un porvenir del que por definición están excluidos.

Con generosa impaciencia, abunda la gente solícita que se preocupa por el futuro de los toros, lo que viene a ser algo así como inquietarse por el futuro de la primavera o de los plenilunios. Se parte de la base indiscutible de que todo ha de tener futuro o perecer. Sólo lo que está a punto de morir carece de futuro, dicen; pero lo cierto es que son precisamente los agonizantes quienes poseen un futuro más inminente, más cierto y más largo. La mayor amenaza que pesa sobre los toros es nuestra dificultad para comprender que las fiestas —pocas hay— no tienen ni necesitan porvenir y por eso nos son imprescindibles a los que vivimos perpetuamente endeudados con el mañana, el mañana y el mañana que alumbran a los locos el camino hacia el polvo de la muerte, según dijo quien mejor decía.

La fiesta no desaparecerá por falta de futuro, sino que se extinguirá en cuanto consiga asegurarse uno. Los toros morirán de futuro, como cualquiera de nosotros; se asfixiarán en cuanto logren su cédula de porvenir, en cuanto se ministerialicen del todo y se hagan plenamente aceptables para los que "no los pueden ver", como dice Bergamín. Por eso hay que evitar cuidadosamente cualquier defensa argumental de la fiesta, de las que convierten a taurinos y antitaurinos en algo así como dos partidos políticos. La fiesta de los toros es injustificable, es decir, milagrosa; y no hay razonamiento antropológico o culturalista que logre hacer ver un milagro a quien no lo puede ver. Pues precisamente ésa y no otra es la gracia de los milagros, que tampoco tienen futuro. Quede el futuro para los negocios, para las actividades culturales, para los que hemos de morir y desde aquí saludamos a lo que se nos viene encima; y quede sin futuro, yendo y viniendo, la milagrosa perplejidad de la verónica.



## ILUSION, JUSTICIA Y ESPERANZA

**Manuel Revelles**

Escultor

**P**OR aquellos años de la posguerra en que los niños éramos más niños, yo era de los que jugaban al toro, me llamaban "Reverte" ¡y además tenía hasta un capote!

En las mañanas de domingo y fiestas, íbamos a la dehesa de la villa, con ánimo de aprender a torear, bajo la cariñosa jerarquía del abuelo "Curro", que como un piyayo santo repartía su bondad y experiencia hermosa de torero de pueblos y capeas.

Poco después jugué a ser torero, mis ilusiones me llevaron de pueblo en pueblo y de una tapia a otra. Entre talanqueras y vestidos de oro, logré a veces sentirme grande, pero...

Hoy, que llevo algunos años haciendo escultura, que ya no me visto de oro y ya no me siento tan grande, intento repre-

sentar en muchas de mis obras, recuerdos y vivencias del toro y sus hombres, a los que tanto admiro, pues son poseedores de una extraña fuerza capaz de arrastrar tras ellos la sensibilidad del artista.

Con el TORO, me ocurre que no sé describir las sensaciones de respeto y asombro que este majestuosamente bello animal me causa. No sé si el mar o la montaña puedan imponerme algo parecido.

¡Y ese torero! que florece viendo pasar trágicos perfiles de muerte y agonía, que realizan en instantes preciosos la poesía, el lienzo y la escultura que los demás sólo podemos soñar.

A veces me preguntan: ¿tú cómo haces esto?, ¿haces un boceto?, ¿y cómo se te ocurre?...

Yo pienso, cómo podría vivir sin haberlo visto después de haberlo visto. Porque